



# INGENUIDAD Y NOVEDAD

## España en la CE y la CE en el mundo

*Carlos ALONSO ZALDIVAR*

**Es este un seminario sobre la «identidad europea». Sus organizadores han considerado que para tratar tan resbaladizo concepto, un punto de vista español podía resultar de interés por, al menos —me dijeron—, dos razones:**

1. Porque el punto de vista español sobre la identidad europea, al tener como antecedente inmediato una prolongada observación externa del ser y el hacer comunitario, es de esperar que se diferencie de la introspección llevada a cabo desde el grupo de países fundadores de la Comunidad y,

2. Porque dentro de la Comunidad, España es un país que, por razones históricas y geográficas, puede comprender mejor que otros la manera en que se aproximan y perciben a la Comunidad Europea los pueblos latinoamericanos o nuestros vecinos árabes de la ribera sur del Mediterráneo.

A la vista de estas razones, la invitación que se me hizo resultaba tan difícil de rechazar como arriesgada de aceptar.

1.

Planteando así el tema, inicialmente me tentó a jugar un poco con la historia. España se fue distanciando de Europa a medida que algunos importantes lazos religiosos y políticos que unían a Europa se debilitaban y, paralelamente, se afirmaban con fuerza las naciones-Estado europeas. España alcanzó su esplendor con Carlos V —así le llamamos, aunque fue I de España y V de Alemania, y

---

***En nuestro patrimonio cultural existe una prolongada e interesante reflexión sobre la relación entre Europa y España.***

---

nació en Gante—. Carlos I de España se esforzó por evitar que la diversidad religiosa fraccionase Europa. Cuando tuvo que asumir que su proyecto era imposible, aún joven y siendo el hombre más poderoso del mundo, abdicó. Carlos V no quería luchas entre cristianos; deseaba concentrar fuerzas para combatir a los turcos y además España estaba conquistando América.

Su hijo Felipe II se creyó capaz de triunfar donde fracasó su padre. Para ello sustituyó la tolerancia de éste por intransigencia y la negociación por el uso de la fuerza, estableciendo una pauta que, con variantes, han seguido, en un momento u otro, todos los grandes Estados que en Europa han sido o pretendido ser. En los últimos decenios parece que ese paradigma hecho de chauvinismo, política de fuerza y menosprecio del derecho de las relaciones entre los pueblos, ha comenzado a agotarse. Y es precisamente ahora cuando España, que fue el país que lo inauguró, vuelve a acercarse a Europa, y lo hace esforzándose porque Europa tenga presente su dimensión mediterránea y descubra que la relación Europa-América, además de una componente norte y anglosajona, tiene también otra sur e iberoamericana.

Dicho esto a manera de introducción, me atenderé a las dos sugerencias antes citadas.

## **2.**

En España no hemos tenido, recientemente, una gran discusión teórica sobre el proceso de integración europea. En nuestro

patrimonio cultural existe, eso sí, una prolongada e interesante reflexión sobre la relación entre Europa y España. Una relación que muchas veces ha puesto a los españoles ante disyuntivas desgarradoras. Estoy pensando, por ejemplo, en la vida y obra de Goya. Más adelante, el tema España y Europa fue motivo de una rica polémica que se extendió desde principios del siglo XX hasta nuestra Guerra Civil. Ortega, Unamuno, Madariaga, son algunos nombres destacados en esa polémica. Lo que entonces se discutía era si España debía proyectar su futuro en el marco europeo o no. Después de haber sido España un imperio en el que el sol no se ponía, aquel debate tuvo mucho de angustiada búsqueda de un lugar bajo el sol. Influyó mucho en la literatura pero poco en la política exterior.

Hoy esta cuestión está zanjada. En parte se zanjó cuando, tras la II Guerra Mundial, Francia, Alemania, Italia y los países del Benelux comenzaron la construcción de la Comunidad Europea. Entonces, estos países decidieron que algo había que hacer para que no se volvieran a producir más guerras entre europeos. Pues bien, con esa decisión nos ofrecían a los españoles un proyecto de Europa que todos terminaríamos aceptando.

Digo todos porque nuestra vieja polémica sobre Europa y España no fue simplemente una contraposición entre europeístas y aislacionistas. Durante la I Guerra Mundial España fue neutral pero no porque se desinteresase de Europa, sino como resultante de los enfrentamientos entre aliadófilos y germanófilos; bandos éstos no ajenos a las convicciones democráticas o autoritarias de cada uno. Durante nuestra Guerra Civil ambas partes recurrieron a Europa, pero sólo Franco recibió ayuda de Hitler y de Mussolini, mientras que la República se encontró con el «Pacto de no intervención» y los intentos de manipulación de Stalin.

Fuera como fuese, cuando seis países decidieron hacer todo lo posible para poner punto final a la historia de las guerras civiles europeas, resolvieron la mitad de la polémica española sobre Europa. Los españoles, entre tanto, habíamos decidido, callada pero profundamente, poner fin a nuestras propias guerras civiles. Sobre estas bases se podía abrir paso una idea de Europa en la que podían coincidir todas las fuerzas democráticas españolas. Quedaba pendiente un problema: quienes gobernaban entonces en España no eran precisamente demócratas. A esos gobernantes, el nacimiento de la Comunidad Europea les emplazó a demostrar si ellos solos eran capaces de hacer algo mejor en España. Lo intentaron hasta 1977 pero fracasaron. Durante ese tiempo la Europa comunitaria fue convirtiéndose en una referencia de libertad y de bienestar que iba atrayendo y convenciendo a más y más españoles. Así terminó de resolverse lo que todavía quedaba de la vieja polémica Europa-España. Estaba claro que con la democracia, España volvería al mundo por la avenida de la Comunidad Europea.

Esto no quería decir, ni mucho menos, que España fuera a dar la espalda a Latinoamérica o a sus vecinos del Sur del Mediterráneo. Los españoles no hemos sido tan ciegos como para no ver que nuestras especiales relaciones con Latinoamérica incrementan nuestro peso específico en el mundo. Por su parte, los pueblos y los gobiernos latinoamericanos han entendido que una España en la CE puede reportarles muchas más ventajas que inconvenientes. Tener que demostrar que Europa no empieza en los Pirineos tampoco nos ha llevado a los españoles a mirar exclusivamente al Norte, más bien a tratar de conseguir que toda Europa mire más al Sur, al Mediterráneo.

Pero regresemos a la idea central del discurso sobre España y Europa. Decía que a

---

***Tener que demostrar que Europa  
no empieza en los Pirineos  
tampoco nos ha llevado a los  
españoles a mirar exclusivamente  
al Norte.***

---

partir de 1957 los españoles fuimos percibiendo la Europa comunitaria como un conjunto de países en los que existían unos niveles de libertad y de bienestar de los que carecíamos en España y que deseábamos alcanzar. Esto es tanto como decir que en los 20 años que van desde el nacimiento de la Comunidad Europea hasta el restablecimiento de la democracia en España (1957-1977), la Europa comunitaria se fue convirtiendo en un proyecto de futuro para España. Un proyecto que a la muerte de Franco era asumido por todas las fuerzas de la oposición democrática y también por buena parte de los grupos que habían apoyado el franquismo.

Esos 20 años mirando a Europa con esperanza iban a verse seguidos de otros 10 más, durante los cuales la Comunidad correspondió con buenas palabras, pero nada más, a nuestra voluntad de ingreso. Fueron 10 años difíciles, en los que España recompuso sus estructuras democráticas en medio de una dura crisis económica para cuya superación no recibió ningún tipo de ayuda. Descubrimos entonces que la retórica comunitaria era compatible con egoísmos nacionales muy estrechos. Descubrimos también que la construcción europea amenazaba con empantanarse. Comprendimos que nuestra presencia podía ayudar a impedir esto y vimos con agrado que otros pensaban igual. En otras palabras, fueron 10 años en los que, para España, la CE dejó de ser un proyecto de futuro y se convirtió en una dura negociación de cada día para, finalmente y a la luz de los términos de ad-

hesión acordados, resultar siendo un reto sin precedentes tanto para la sociedad como para el Estado español. El resultado de aquellas negociaciones también supuso un nuevo impulso para la CE: el Acta Unica y la reforma del presupuesto.

### 3.

¿Cómo se han traducido estas relaciones particulares entre España y la CE en la manera española de entender la identidad europea? Es ésta una pregunta muy difícil de contestar. Para hacerlo, sin caer demasiado en la subjetividad, comenzaría señalando que existe una diferencia apreciable entre los motivos que originariamente llevaron a seis países a iniciar la construcción de la Europa comunitaria y los que han llevado a España a incorporarse después a este proceso.

Entre las motivaciones que están en el origen de la Comunidad Europea cabe citar: la voluntad de evitar nuevas guerras entre países europeos; el deseo de potenciar las economías nacionales ofreciéndoles las oportunidades de un gran mercado; el interés de contrarrestar la presión social y política de los países comunistas en el clima de la guerra fría; y, en el espíritu de algunos «padres fundadores», el proyecto de superar los marcos nacionales para llegar un día a una unidad política europea de naturaleza federal, a unos Estados Unidos de Europa.

Por lo que se refiere a las motivaciones españolas —implícitas en los apuntes his-

---

***Es en el seno de una Europa  
Unida donde los españoles  
pueden llegar a vivir con  
más libertad, seguridad,  
prosperidad y justicia  
social.***

---

tóricos que he hecho— podrían resumirse diciendo que la opción de España por la CE reposa en la intuición, forjada a lo largo de 30 años, de que es en el seno de una Europa Unida donde los españoles pueden llegar a vivir con más libertad y seguridad, a alcanzar mayores cotas de prosperidad y de justicia social, y a ejercer más influencia internacional. Adopto esta formulación clara y directa porque intento reflejar las motivaciones que de verdad han hecho cuerpo en millones de españoles. La intuición que acabo de citar, es decir, la idea de que es en el marco de Europa donde mejor puede España modernizarse y progresar, da cuenta en buena parte del comportamiento político de los españoles en los últimos tiempos y pienso que además influirá profundamente en la actitud que mantenga España en la Comunidad y ante el resto de Europa en el próximo futuro.

¿Qué sugiere el contraste entre —lo que podríamos llamar— la concepción clásica o fundacional de la CE y la visión española de la misma? Muchas cosas.

El primer lugar parece claro que un objetivo fundacional tan destacado como evitar la guerra entre europeos es algo remoto en la percepción española. En su lugar aparece la convicción de que si los países comunitarios actuáramos conjuntamente en el mundo, a España, y también a todos los demás, nos iría mejor.

En segundo lugar, la motivación de contrarrestar la presión social y política de los países comunistas también está desdibujada en el comportamiento español. En su lugar surge la voluntad de conservar y desarrollar un sistema político democrático y un interés por fortalecer la economía y alcanzar el elevado nivel de servicios públicos y de protección social que es típico de los países comunitarios más avanzados y del que los españoles todavía no disfrutaban.

Coinciden la visión clásica y la española en que un mercado interior único es un objetivo imprescindible para aumentar la prosperidad. Pero los españoles se comprometen con este objetivo no en los términos de 1957 sino en la época del Acta Unica y de la UEM. Es decir, lo hacen sabiendo que un aumento de la riqueza de todos, aunque posibilite, no garantiza *per sé* un aumento de la riqueza de cada uno y, mucho menos, un aumento mayor para quienes parten de más abajo. Esto último es lo que necesita España y lo que los españoles piensan que constituye el interés común bien entendido.

En cuanto a los propósitos que animaban a los «padres fundadores» de llegar a establecer una estructura federal para Europa, no es fácil identificar qué posición ocupan en la visión española de Europa. Por un lado, me parece poco probable que en España se puedan crear grandes movimientos de rechazo contra la adopción de medidas que supongan ceder soberanía nacional para compartirla con los restantes socios comunitarios o con la Comisión y el Parlamento Europeo. Ahora bien, también creo que sería equivocado interpretar lo anterior como una identificación de la opinión pública española con el proyecto de una Europa Federal o de un super Estado europeo.

Los españoles estamos llevando a cabo en estos últimos años un interesante ejercicio de reorganización territorial de nuestro Estado y de redistribución de sus competencias. Esta experiencia nos ha conducido a entender la sociedad española como una «nación de naciones» y a su Estado como un «Estado de las Autonomías». Para la teoría ortodoxa del Estado-nación todo esto debe sonar a completa herejía. De hecho, en España, los que reflejan políticamente estas viejas ortodoxias han llegado en su reacción, por un extremo, hasta el intento de golpe de Estado, y por el otro al terrorismo. Pero ambos se han demostrado impotentes

ante una sociedad que mayoritariamente aprecia la innovación y la tolerancia y rechaza las rigideces doctrinarias. Una sociedad así no va a dejarse seducir por consignas de defensa del Estado nacional ni de construcción de un Estado supranacional. Al menos sin saber palpablemente qué es lo que significarían.

#### 4.

Es curioso, pero entre los más decididos defensores de un federalismo muy avanzado para Europa, en España a veces se encuentran nacionalistas catalanes o vascos que tratan de instrumentalizar la idea europea para aliviar contradicciones entre un discurso nacionalista local y tradicional (de la escuela alemana del siglo XIX), y una práctica muy diferente impuesta por la realidad española e internacional.

En otros casos, tengo la impresión de que en España los afanes federalistas toman el papel de las viejas fórmulas arbitristas; es decir, pretenden resolver los más difíciles y diversos problemas con la magia de una simple receta. «Si Europa fuera federal, todos nuestros problemas desaparecerían», parecen pensar algunos. Pero yo no alcanzo a ver ni por qué ni cómo podría ocurrir esto. Más bien me temo que tales simplezas pueden conducir a debilitar, tanto la defensa que el Gobierno español debe hacer de intereses legítimos y especificidades respetables de su país, como el esfuerzo que ese mismo gobierno debe

---

***Los españoles estamos llevando a cabo en estos últimos años un interesante ejercicio de reorganización territorial de nuestro Estado y de redistribución de sus competencias.***

---

---

***Una entidad europea que se hace presente en la vida internacional en términos económicos también debe hacerlo en términos políticos.***

---

pedir a sus ciudadanos para que asuman pautas de comportamiento que resultan imprescindibles para actuar con éxito en la Comunidad Europea.

No quiero dejar de reconocer que en el mundo académico y en el político existen en España defensores del federalismo europeo cuyas motivaciones y argumentos escapan a las críticas anteriores. Por ejemplo, los convencidos de que las fórmulas federales son las más convenientes para los trabajadores y las clases populares. En general, quienes así piensan tienden a ver a la Comunidad como una entidad oscilante entre el «mercado» y el «Estado», y a contraponer o al menos tratar de complementar el «mercado común europeo» con el «Estado común europeo». Tienen a su favor la natural y fuerte tendencia a pensar que la Comunidad Europea debe terminar siendo una versión más grande de lo que ya existe. Pero tienen en contra los muchos indicios de agotamiento que manifiesta el Estado clásico, hecho que, lejos de llevarnos a pensar en nuevos Estados clásicos más grandes (o más pequeños), debería estimularnos a inventar mecanismos nuevos que suplementen o reemplacen la acción tradicional del Estado. De no avanzar por esta vía, me temo que los intentos de equilibrar mercado con Estado a escala europea están llamados al fracaso.

Personalmente contemplo el futuro institucional de la Comunidad menos como una estructura arborescente y jerarquizada, en la

que se transfiera soberanía desde los Estados históricos a una nueva federación, y más como una estructura reticular en la que las transferencias de soberanía mantienen un flujo de soberanía compartida a través de la red.

## 5.

Volviendo a intentar dar cuenta de lo que es más importante, las percepciones dominantes en la opinión pública española, en España poco es lo que se ha dicho sobre la «identidad europea», si ésta se entiende como alguna nueva forma de «conciencia» nacional, supranacional o postnacional. Ahora bien, si al interrogarnos sobre la «identidad europea» nos preguntamos sobre qué cosas pueden contribuir a hacer de la Comunidad una «entidad europea» beneficiosa para sus ciudadanos, útil para sus Estados miembros e importante para el resto del mundo, entonces creo que desde España se defienden algunas ideas que merecen consideración. Concretamente señalaría tres:

1. La idea de que esa entidad debe ofrecer algo al conjunto de los hombres y mujeres que la integran y que éstos, a su vez, deben sentir que contribuyen directamente a la existencia de la entidad. De aquí nace la propuesta de dar vida legal en el seno de la CE a un concepto de «ciudadanía europea», entendido como una serie de derechos y deberes de todo ciudadano comunitario que se sumen a los que posea como nacional de uno de los países miembros.

2. La idea de que un conjunto de países tenderán a sentirse más identificados que diferenciados, no sólo porque su acción conjunta ofrezca resultados globales positivos, sino si además comprueban que el progreso de unos no se ve acompañado por el retroceso de otros. De aquí nace la insistencia española en que la CE se guíe no sólo por el principio de eficiencia —maximizar

el rendimiento de los recursos escasos— sino también por el principio de equidad—ofrecer mayor apoyo a quien goza de menos ventajas—.

3. La idea de que una entidad europea que se hace presente en la vida internacional en términos económicos también debe tender a hacerlo en términos políticos y, de ser necesario, militares, pues de otra forma resultará una entidad cuya mano izquierda no sabe lo que hace la derecha, lo que puede terminar perjudicando intereses particulares en lugar de promover intereses comunes.

Lo que hoy se encuentra en discusión en las Conferencias Intergubernamentales es la posibilidad o no de traducir en términos operativos esas tres ideas generales.

La ciudadanía europea justo se asoma a un casuístico derecho a circular, residir y votar en ciertas elecciones fuera del país de origen. Los principios de equidad o cohesión intracomunitaria suscitan hercúleas resistencias en cuanto se pretende que, además de la política agraria, otros mecanismos distribuyan también, y más equitativamente que aquélla, un volumen parecido de recursos comunes. En cuanto a la PESC, serpentea por vericuetos conducentes a que se puedan tomar por mayoría cualificada ciertas decisiones de aplicación de otras decisiones ya antes adoptadas por unanimidad. Con el debate sobre una posible defensa común se entra directamente en el mundo de la teología trinitaria (OTAN, UEO, CE).

En este estado de cosas, la cuestión de la identidad europea me parece algo más relacionado con la conversión de la CE en una «entidad» con más capacidad de actuar sobre sí misma y sobre el mundo que con una cuestión de conciencia, es decir, de autoreconocimiento del yo y de diferenciación del otro. A fin de cuentas, la conciencia es

---

*La historia y la experiencia españolas han aportado a la CE una mayor demanda externa de interlocución desde América Latina y desde el Magreb.*

---

algo que todos sabemos muy bien en que consiste, hasta que se pide que la definamos.

6.

Si identidad europea, entendida como conciencia, quiere decir acerbo de valores compartidos por un conjunto de pueblos, creo que en nuestras largas historias, políticamente hemos practicado y filosóficamente profesado de todo y lo contrario. Los españoles, durante siglos y probablemente sin alguna razón, hemos sido tenidos por intransigentes, violentos e ingobernables. Ahora, tras nuestra transición a la democracia, está de moda ponerse como ejemplo de comportamiento tolerante, pacífico y prudente. Qué decir de los cambios del pueblo alemán, que de una conciencia de superioridad que no reconoció límite ni en la existencia ajena, ha venido a practicar en nuestros días lo que Habermas llama un «patriotismo de la Constitución».

Claro que alemanes y españoles hemos cambiado mucho porque teníamos mucho que aprender de nuestro errores. Pero, ¿y los demás? ¿No tenían nada que aprender? ¿No han cambiado nada? Claro que sí. También lo han hecho. De otra forma seguiríamos tratando con los países del Tercer Mundo con el racismo y el despotismo típico del colonialismo francés y británico.

Mirando las cosas así se aprecia claramente que todos hemos cambiado mucho.

Claro que siempre se puede mirar más profundamente y descubrir continuidades. Ortega y Gasset escribió páginas muy bellas sobre lo que llama la «dualidad del hombre gótico». En ellas explica cómo en la Edad Media los pueblos europeos se encontraban en la necesidad de vivir una doble vida. Por una parte, vivían, tanto el señor feudal como el labriego en su terruño, en su gleba de angostísimo horizonte. Por otra parte, se sentían pertenecientes a un enorme espacio histórico que era todo el Occidente, del cual les llegaban muchos principios, normas, técnicas, saberes, fábulas, imágenes; en suma, el organismo residual de la civilización romana. Para Ortega sin entender esto no se puede entender la encantadora ingenuidad de los pintores primitivos, ni el amaneramiento de la poesía trovadoresca, ni la extravagante empresa de las Cruzadas.

Por el contrario, siendo conscientes de la citada dualidad se entiende también otra, la que existe en cada una de nuestras sociedades donde vivimos, por un lado, bajo el efecto del gran sistema de los usos europeos, y por otro, comportándonos según el repertorio de nuestros usos particulares y diferenciales. Según Ortega, ha habido siglos en que ha predominado lo europeo y en otros la peculiaridad nacional de cada uno. El siglo IX con Carlomagno, o el siglo de las Luces, son siglos europeístas. En el siglo XVII y en el XIX prevalecieron los elementos nacionales.

No sé qué pensarán ustedes, pero a mí me resulta sugerente la visión de Europa. Ahora

---

***El Mediterráneo es  
una dimensión de Europa  
en la que ésta se relaciona y se  
contrasta con otra cultura y con  
otros pueblos.***

---

bien, lo primero que me sugiere es la artificialidad de cualquier intento de establecer la identidad europea eligiendo, de aquí y de allá, lo mejor de cada época. Eso puede convenir a quien quiera sentirse superior o necesite aliviar una mala conciencia. Pero no creo que pueda fundamentar un ejercicio profundo y sostenido de convivencia entre los pueblos.

Para esto, lo que se impone no es un análisis psicosocial, sino una opción política en favor de ciertas experiencias de nuestro patriotismo común que nos parezcan adecuadas para vivir el siglo próximo. Planteadas las cosas así, mi respuesta sería que, internamente, la CE debería asumir como referencia de futuro el consolidar, generalizar y mejorar esa mezcla de economía de mercado, libertad política y protección social que hoy nos caracteriza. Y hacia el exterior, proponerse seguir atemperando los comportamientos nacionalistas y distanciándose de la política de poder, para mostrar que la defensa de los intereses propios puede hacerse respetando lo diferente e introduciendo solidaridad en la vida internacional.

7.

Esto último nos lleva directamente a hablar de nuestros interlocutores en el exterior. Una de las cosas que la historia y la experiencia españolas han aportado a la Comunidad Europea es una mayor demanda externa de interlocución desde América Latina y desde el Magreb. Lógicamente a España le gustaría que esta aportación se viera correspondida con una oferta comunitaria hacia estos interlocutores.

Ahora bien, al margen de lo que piense España, ¿le interesan a la Comunidad esos diálogos? Comenzaré por decir que sería vanidoso y falso pretender que la política mediterránea de la Comunidad empieza con el ingreso de España. Por el contrario,

España fue parte beneficiaria de esa política en una cierta medida. Pero precisamente por eso sabemos que no es bastante, pues, incluso aunque se dupliquen sus recursos, no alcanzará a cubrir aspectos decisivos de la demanda procedente de la otra orilla del Mediterráneo. Y es que estamos hablando de dinero, pero no sólo de dinero.

El Mediterráneo es una dimensión de Europa en la que ésta se relaciona y se contrasta con otra cultura y con otros pueblos. Hoy por hoy, en esta relación domina la dinámica del divorcio. Existe un divorcio demográfico agudo que apunta a que en un par de decenios la población de nuestros vecinos se haya doblado mientras la europea permanece estancada. Existe un divorcio económico pues no cesa de crecer la distancia entre los niveles de riqueza del Norte y del Sur. Finalmente, existe un divorcio de valores, no porque tengamos culturas diferentes, sino porque en el Norte tendemos a pensar acriticamente que el atraso del Sur se debe a que no asumen nuestro modelo de sociedad, y en el Sur cada vez piensan más que los intentos de hacerlo sólo han conducido a fracasos dolorosos y humillantes, y tienden a volver su mirada hacia un fundamentalismo diferenciador en el que al menos encuentran identidad e integración. Este estado de cosas, si no se remedia, sólo puede conducir al conflicto abierto entre la cultura europea y el Islam.

No es extraño que ante un panorama tan propenso a la inestabilidad y a la crisis surja la idea de establecer algún tipo de «cordón sanitario» que nos proteja de un Sur imprevisible y, de hacerse necesario, nos permita imponer la voluntad del Norte. Pero tan contundente enfoque sólo se sostiene en el papel. ¿Qué cordón sanitario puede evitar flujos migratorios incontrolados, multiplicación de la marginación y delincuencia de nuestras ciudades, crecimiento de la xenofobia y el racismo? ¿Vamos a vivir amurallados?

La otra manera de contemplar el Mediterráneo es apreciar las posibilidades que existen para que sus conflictos puedan ser superados promoviendo intereses comunes entre las dos riberas. Esto puede parecer utópico y sin embargo es la manera práctica de empezar a abordar cuestiones concretas en materia económica, migratoria, cultural, ecológica y de seguridad.

De hecho éste es el enfoque que viene ganado terreno durante los últimos años en las relaciones entre los países ribereños, al menos, del Mediterráneo occidental. Pero lo que aquí se plantea es que la Comunidad Europea como tal se incorpore al empeño, del mismo modo —aunque no digo que necesariamente— que en la reconversión de la antigua Europa del Este.

Sé que esta comparación es delicada. Pero no creo que convenga evitarla pues, una vez más, no sólo ni principalmente plantea una cuestión de reparto de recursos escasos, sino algo más de fondo. Nuestros vecinos de Europa central y oriental dicen entendernos y estar dispuestos a aprender de nosotros. Muy bien, construyamos una relación sobre esta base de semejanza. Pero preguntémonos si también somos capaces de construir relaciones positivas sobre la diferencia, es decir de entendernos y aprender de otras culturas. Esto es lo que se nos demanda desde el Sur.

A medio camino cultural entre el Este europeo y el Sur mediterráneo viven cuatrocientos millones de latinoamericanos.

---

***Hay que apreciar las posibilidades que existen para que los conflictos en el Mediterráneo puedan ser superados promoviendo intereses comunes entre las dos riberas.***

---

Acaban de atravesar una de las décadas más duras de su historia. Económicamente hablando, en 10 años algunos países han retrocedido más de 20. Al mismo tiempo han ido desapareciendo dictaduras y asentándose democracias.

Muchos de estos países están ahora empeñados en duros programas de saneamiento y ajuste económico con la esperanza de que ello les permita atraer inversiones, abrir mercado y obtener un tratamiento financiero favorable. Hacen esto mirando a sus grandes vecinos del norte (EE.UU) y del oeste (Japón) y también —se podría decir que con preferencia— a Europa. ¿Qué le dice todo esto a la Europa comunitaria? ¿Tiene razón García Márquez cuando afirma que «mientras el mundo sea como es, para los europeos será imposible proteger sus intereses y los nuestros (latinoamericanos) al mismo tiempo»?

Crudamente planteado: ¿qué ofrece América Latina a la Comunidad Europea? La mayor plantación de democracia del mundo, abundantes y variados recursos naturales, un mercado de 400 millones de habitantes y unas economías de mercado imperfectas pero funcionando. Para la Comunidad Europea, ¿esto encierra un interés estratégico —como suele decir el Presidente González— o es algo prescindible? Se puede contestar argumentando que la oferta ha estado sobre la mesa durante la década de los 80 sin despertar el interés europeo. En estos años, retórica aparte, se ha producido un distanciamiento económico y también político entre América Latina y la Comunidad Europea, dada la escasa comprensión manifestada por los europeos ante los problemas de la deuda y las necesidades de inversión y expansión comercial de los latinoamericanos.

¿Por qué habrían de marchar las cosas de otra forma en los 90? Quizá porque se

percibe igual una América Latina en la que abundan las dictaduras endeudadas, que una América Latina con gobiernos democráticos que se esfuerzan por poner orden en sus economías y finanzas. Quizá porque no se comporta igual que una Comunidad Europea concentrada en sus problemas internos que una Comunidad Europea que quiere encontrar un papel propio en las relaciones internacionales.

América Latina espera de la CE que durante los 90 cambie su actitud en materia de deuda, inversión y comercio. La CE pide a los latinoamericanos que administren sus economías responsablemente. Los países de América Latina le reclaman a Europa que tenga visión histórica. Ya no está en vigor la «doctrina Monroe», o mejor dicho, sí lo está por dejación europea. Hay que reconocer que la Administración estadounidense, con propuestas como el Tratado de Libre Comercio con México y la Iniciativa de las Américas, está demostrando mucha más capacidad de oferta hacia Latinoamérica que la CE. Pero tampoco se trata de competir sino, quizá, de inventar nuevas experiencias triangulares o cuadrangulares de cooperación.

¿Tendrá fuerza la Comunidad para hacerlo? La crisis del Este parece abocarnos a centrar allí nuestros esfuerzos. La Guerra del Golfo habrá al menos servido para atraer la atención europea sobre algunos problemas del Mediterráneo. ¿Y América Latina? ¿Es necesario que la miseria genere una serie de golpes de Estado que socaven lo que hoy es prácticamente un continente democrático? Ahora bien, la fuerza externa de la Comunidad y su capacidad dependerán de su cohesión interna, de lo que el profesor Takashi Inoguchi llama, para el caso de Japón, la «fuerza internamente generada». Con lo cual vuelvo a dónde y al por qué España quiere una Comunidad fuerte.